



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Para la formación de la familia de pueblos

Exposición del Mensajero del Eterno

**E**L campo de actividad que está propuesto a los hijos de Dios es inmenso, puesto que se trata, ni más ni menos, de introducir el Reino de la Justicia en la tierra. Poco numerosos, entre los que han sido llamados por el Eterno de las tinieblas a su admirable luz, son los verdaderos colaboradores. Para hacer un trabajo útil y bueno, que lleve frutos de bendición, es preciso tener una clara visión del Reino. Todo está puesto a nuestro alcance para que podamos realizar esta visión de una manera constante.

Lo que el Eterno quiere formar con su pueblo es una magnífica familia, la familia divina en la cual cada uno se ama y se respeta, porque reina en ella una afección profunda y un maravilloso amor, todo basado en la ley divina. Después del diluvio, los seres humanos unieron sus esfuerzos a fin de procurar precaverse contra una nueva catástrofe posible. Edificaron la torre de Babel, pero no sirvió de nada y no subsistió.

En efecto, la protección no puede venir a los seres humanos ni de un refugio de esta clase. La única protección que para ellos tenga valor, es la sumisión a la voluntad de Dios y seguir sus caminos gloriosos. Es sólo esto que puede permitirles estar bajo la bendición del Eterno, que les guarda de todo peligro.

Nuestro primer padre Adán no pudo permanecer en su situación de padre de la humanidad, porque no pudo darle la vida verdadera a su descendencia, habiéndola perdido él mismo. El fruto que trajo al mundo es degenerado, y no se diferencia mucho de los animales. Por eso Salomón, el hombre sabio, dijo: „¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y el espíritu del animal desciende abajo a la tierra: no tiene más el hombre que la bestial?“.

En efecto, es seguro que, sin la salvación ofrecida a los seres humanos, como resultado del sacrificio libremente consentido de nuestro querido Salvador a su favor, no habría ninguna esperanza para ellos después de la muerte. Su suerte no sería muy diferente del destino de la bestia. Naturalmente, para el ser humano que se encuentra bajo la acción de la gracia divina, es muy distinto.

Los hombres no tienen ningún conocimiento de las intenciones inefables del Eterno en su favor. Están separados por naciones y no tienen ninguna noción de que esta sublime familia divina que se está formando actualmente; se extenderá a toda la tierra, para manifestar la familia de pueblos, que David cantó de antemano diciendo: „Dad a Jehová, oh familias de los pueblos, dad a Jehová gloria y fortaleza“. Esta familia de los pueblos existe actualmente

más en formación en medio de los verdaderos hijos de Dios.

Yo me esfuerzo siempre en hacer comprender a los queridos hermanos y hermanas que no somos una sociedad, sino una familia. Es una sociedad solamente para el mundo, a causa de las instituciones actuales, pero, para nosotros, no es una sociedad. Somos una familia, la familia de pueblos, y no otra cosa. Por eso, los que emiten siempre el pensamiento de una sociedad son enemigos del programa divino, que no tiene nada que ver con una sociedad. El Eterno sólo conoce la familia divina, y si queremos formar parte de ella, es preciso comprender y realizar su pensamiento, aceptando los principios de su Casa.

En la familia divina nuestro querido Salvador es el Padre y el pequeño rebaño la madre. Pero los miembros del pequeño rebaño son tan sólo los que llenan las condiciones de este ministerio. No basta pasar por el símbolo del bautismo en la muerte de Cristo para ser un consagrado del Eterno, sino que es menester realizar después lo que enseña el símbolo, y morir de veras en Cristo prácticamente. El que quiere ser una parte de la madre de la humanidad, debe tener entrañas maternas, sentimientos inefables de misericordia. Tiene que ser capaz de dar su vida cada vez que se le depare la ocasión. El que no se sacrifica, no es un sacerdote.

El santo Ejército del Eterno tiene también atribuciones bien determinadas. Los que forman parte de él representan los hijos del Cristo, y deben conducirse como tales. En efecto, nuestro querido Salvador dijo: „ Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios.“

Por lo tanto, para los que quieren formar parte del Ejército del Eterno, se trata de realizar la mentalidad de un hijo de Dios que tiene una completa confianza en su padre y en su madre. Naturalmente, un miembro del Ejército del Eterno que está en contacto con consagrados, que viven verdaderamente su ministerio, tendrá mucha más facilidad para mantenerse en su misión; mientras que si ve toda clase de debilidades en los consagrados con quienes se codea, esto puede procurarle grandes dificultades. Es menester que cierre sus ojos para no ver el mal, tape sus oídos para no oír una palabra malévolas, y ponga sus manos en la espalda para no recibir un mal testimonio contra su prójimo.

El miembro del Ejército de Dios que sigue los preciosos consejos del Señor, que no mira a los que no son fieles, sino sólo a los que corren con perseverancia en la liza, procurando imitarlos, se sentirá grandemente estimulado. No se deja-

rá desconcertar a pesar de las dificultades que puedan ocasionarle consagrados que no hacen lo necesario. Si es fiel contra viento y marea a sus obligaciones, será un testimonio vivo y una inmensa bendición para los que tergiversan.

En el mundo, igualmente, se ve a menudo a hijos que tienen más capacidades que sus padres. Mas a los padres espirituales conviene tratarlos con las atribuciones de un hijo, teniéndoles respeto, deferencia y apego como se les debe también a los padres según la carne. Esto nos lleva a realizar el pensamiento emitido por Moisés: „Honra a tu padre y a tu madre, para que se alarguen tus días en la tierra.“ Esta misma ley es para el Ejército del Eterno, que debe honrar y respetar al Señor Jesús y a los miembros de su cuerpo.

Cuando las relaciones son fielmente realizadas de una parte y de otra de los miembros del pequeño rebaño y del Ejército del Eterno, las cosas resultan mucho más fáciles que cuando sólo una parte cumplen con las condiciones.

El pequeño rebaño debe cumplir fielmente con su cometido, pero también el Ejército del Eterno. Si los miembros del pequeño rebaño gastan su vida a favor de sus hijos, si los llevan en sus brazos y los acarician en sus rodillas, pero si los hijos no quieren saber nada, es evidente que relaciones de familia no pueden manifestarse. En efecto, todo se basa únicamente en el afecto.

Durante su ministerio terrenal, nuestro querido Salvador quiso traer también la salvación a los judíos, pero éstos no quisieron recibirlo ni comprenderlo. Se agarraron a la letra de la Palabra divina, en vez de captar su alcance espiritual; como resistieron a nuestro querido Salvador y se ofendieron de su testimonio, el Señor no pudo ayudarlos. En efecto, si por un lado hay amor y abnegación, conviene también que por el otro lado haya la buena voluntad. No se puede dar a aquel que de ninguna manera quiere recibir.

Al apóstol Pablo, que era israelita, le costó también mucho trabajo recibir el testimonio de la gracia divina. Cuando él dio el paso detrás de nuestro querido Salvador ¡cuánta ira tuvo que soportar de parte de los judíos! Tuvo que sufrir muchas dificultades y tribulaciones, y es lo que más le ayudó a cambiar su carácter. El venció el mal con el bien, y este trabajo de su alma lo transformó completamente. Es que tenía un carácter particularmente acusado. Cuando era todavía Saulo de Tarso, tenía sentimientos muy hostiles contra los discípulos. Se dice de él que no respiraba sino asechanzas y muerte.

Es seguro que tales sentimientos dejan huellas en el corazón y lo endurecen, Pablo notó muy

bien lo acusado que eran sus rasgos diabólicos de carácter, de los cuales le costaba tanto deshacerse. Por eso dijo: „¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?“ No nos extraña nada que él dijera estas palabras. Nosotros también las hemos pronunciado seguramente en ciertos momentos. Pero después de haber combatido según las reglas, valerosa y honradamente, Pablo pudo decir: „He peleado la buena batalla, he acabado la carrera he guardado la fe, por lo demás me está reservada la corona de la justicia.“ El ganó la victoria completa y definitiva.

Si tenemos confianza en el Señor y que ponemos nuestra suerte en sus manos, podemos estar seguros de que nos llevará a buen puerto: pero no hay que querer otra cosa sino lo que él desee para nosotros. Respecto a mí, me he confiado en el Eterno y he procurado hacer su voluntad.

Cuando me aconteció la enfermedad, yo dije: „Como tú quieras, Señor; yo deseo sanar, pero sólo si es tu voluntad, y si no quieres sanarme, yo tampoco deseo ser sanado: es absolutamente como tú quieras.“ Al cabo de tres días el Eterno me curó.

Al Eterno todo le es fácil, ningún poder puede resistirle, pero esto significa estar seguros de lo que creemos y apreciar su gracia más que cualquier otra cosa. Nuestra bendición estará siempre subordinada al aprecio que manifestemos por los caminos divinos. Acordémonos también de que las facilidades que el Señor nos concede nos son dadas para que podamos, por nuestro lado, ayudar a nuestro alrededor.

Como lo he dicho más arriba, debemos formar la familia de pueblos, la familia divina, la única familia que durará eternamente. En esta familia sus miembros están estrechamente unidos unos a otros y se aman como hermanos. Nadie es considerado como un extraño, no importando la nación a que pertenezca. En esta familia sólo se tiene en cuenta la nacionalidad del Reino de Dios.

Esto no debe permanecer tan sólo una teoría, sino venir a ser verdadero y sincero, vivido en el fondo del alma. Para alcanzar esta íntima unión de corazón y de pensamientos, hace falta la escuela de nuestro querido Salvador que nos muestra el camino a seguir: nos da consejos útiles y nos enseña a andar por el camino que lleva a la vida. El nos ayuda, nos sostiene, nos consuela cuando estamos afligidos, nos levanta cuando caemos, y nos asegura la victoria si lo escuchamos. El más pequeño esfuerzo lo bendice más de lo imaginable.

Como me esfuerzo en mostrarlo a la querida familia da la fe, una cosa indispensable para correr la carrera con éxito es el ejercicio de la gratitud. Respecto a mí, me aplico con todas mis fuerzas en realizar este maravilloso sentimiento. Cada mañana repaso en mi corazón las benevolencias del Eterno conmigo, Las extendiendo delante de mí, las enumero y procuro penetrarme de ellas con toda mi alma.

Al principio nos esforzamos en sentir gratitud de labios para fuera, cuando no logramos tenerle gratitud al Eterno con toda la fuerza de este sentimiento expresado de corazón: pero volvemos a empezar cada día, hasta que penetre en nuestro pobre corazón tan duro e insensible y que se sienta conmovido, a fuerza de haber sido confrontado con la bondad y la ternura divinas. Este es un verdadero trabajo del alma que hay que realizar con una perse-

verancia constante, hasta que el sentimiento de la gratitud quede verdaderamente arraigado en nuestro corazón y se haya convertido en nosotros en una segunda naturaleza.

Para formar la familia divina, es preciso adquirir el amor de nuestro querido Salvador. El pequeño rebaño debe tenerle un afecto profundo y lleno de ternura a la Milicia del Eterno, sobre la cual reside una esperanza tan gloriosa. Pero también es menester que el Ejército del Eterno le tenga una gratitud y un apego intensos al pequeño rebaño. Igualmente es necesario que nos esforcemos en amar a nuestro prójimo, y a nuestros enemigos.

Sobre estos últimos reposa también una bendición que no ha sido aún valorizada por ellos, pero que tendrán la oportunidad de realizar a causa del sacrificio de nuestro querido Salvador. Si en ese momento saben estimarla y aprovecharse de ella, podrán encontrarse también bajo la cobertura de la gracia divina. Pero si son refractarios y no quieren valerse de ella, ellos mismos perderán todo este beneficio. Pero en todo caso, la gracia divina estará una vez puesta a su alcance, y la ocasión les será ofrecida sin duda alguna de recibir la bendición del Reino de Dios, puesto que es el resultado maravilloso del sacrificio de amor de nuestro querido Salvador.

Algunas personas sólo pueden recibir el testimonio del amor divino después de haber pasado por dificultades y sufrimientos muy sensibles. Por eso la gran tribulación producirá en el corazón de muchos seres humanos el efecto de la reja del arado que abre los surcos y prepara el terreno para recibir la simiente del Reino.

Por lo que nos concierne, tenemos una línea de conducta bien trazada delante de nosotros, y debemos seguir adelante y esforzarnos en realizar los sentimientos divinos. Se trata de cultivar en nuestro corazón el pensamiento de la familia de pueblos, que debemos manifestar. En esta verdadera, bella y santa familia, no hay cuidados, ni angustias, ni gemidos, ni decepciones, ni pleitos, ni celos, ni nada semejante. En ella cada uno se ama, se completa, vive para la alegría y la bendición unos de otros, a la honra y a la gloria del Eterno.

Esta familia se establecerá un día en toda la tierra, y todos los seres humanos volverán entonces al Eterno con cantos de alegría y gritos de triunfo. Es nuestro querido Salvador quien abrió el camino para la formación de esta familia de pueblos. Por lo tanto, se realizará en el tiempo oportuno, con toda su fuerza y con toda su hermosura.

Todo lo que el Señor nos ha prometido hasta ahora, lo ha mantenido siempre fielmente, y nunca ha faltado a su promesa, ni faltaré jamás. Su glorioso y sublime plan se realizará hasta en los pormenores. Felices somos si podemos ser buenos colaboradores en la mano del Eterno para ayudar a la realización de este grandioso programa.

Todo lo que hacemos, en este sentido y dirección, son auténticas riquezas que atesoramos, que no se deterioran. Toda la bendición y todo el estímulo que podamos traer a nuestro alrededor, son magníficas riquezas. Estos son tesoros que nos enriquecen por la eternidad, porque nuestro prójimo se sentirá endeudado, y sus deudas sólo podrá pagárnoslas con el amor y el apego. Este es el único dinero que tiene un valor real, y el único que circulará en el Reino de Dios.

Actualmente, tenemos pequeñas estaciones, pero estos dominios sólo tienen un valor auténtico por el espíritu que en ellos reina. Cuando el espíritu de Dios obra con poder, la más pequeña estación tiene un valor inconmensurable, un valor infinitamente más grande que todos los castillos y todos los terrenos que no están bajo la bendición.

¡Cuánto queremos regocijarnos de las grandiosas e inefables perspectivas que están puestas delante de nosotros, de este maravilloso Reino que vemos despuntar en el horizonte! Ponemos actualmente sus cimientos, esforzándonos en formar la familia del Eterno. En ella todo es amable y afectuoso, todo respira la familia, se siente uno de veras en su casa. Se trata de hacer lo necesario para que este ambiente, en nuestras estaciones, sobre todo, pueda sentirse plenamente.

Es menester que los que vengan a visitarnos queden profundamente impresionados, y que la inefable atmósfera que se desprende de todo lo que ellos vean y oigan les dé un deseo irresistible de no irse más. Entonces podremos decirles: „Hagan como nosotros; vivan el mismo programa, y podrán sentir y hacer sentir en su entorno las mismas benditas impresiones, el mismo ambiente de paz, de alegría y de felicidad“.

Queremos, pues, ser un verdadero pueblo de hermanos. Queremos vivir nuestro ministerio con fidelidad y rectitud de corazón, con la sencillez y la honradez propias de los hijos de Dios. Los miembros del pequeño rebaño deben dar su vida. Por tanto, no deben pensar en sí, sino en el programa, en su deber, en su grandiosa misión. El Ejército del Eterno debe respetar, estimar altamente y querer con todo su corazón al pequeño rebaño.

Esforcémonos en realizar este sublime programa, a fin de que todos los que vengan a nosotros sientan profundamente el poder de bendición y de atracción que se desprende de la familia de pueblos. Ellos le darán entonces gloria al Eterno y a su Hijo muy amado a causa del testimonio que les damos. Este es el objetivo que hay que alcanzar. Tengámoslo ante nuestra vista y procuremos realizarlo, a fin de manifestar un apego y una gratitud verdaderos a nuestro Padre que está en los cielos y a su Hijo muy amado, nuestro querido Salvador.

## Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos renunciado con gozo, para traer la bendición, y somos un estímulo para los que andan a pasos contados?
2. ¿Procuramos amar siempre, y nos ejercitamos en vencer el mal con el bien, a fin de transformar totalmente nuestro carácter?
3. ¿Cómo hemos vivido las pruebas de fe, de humildad, de fraternidad y apreciamos la ayuda de Dios más que cualquier otra cosa?
4. ¿Hemos sido fieles a nuestro ministerio y nuestro corazón rebosa de gratitud ante la gracia y el perdón divinos?
5. ¿Damos un testimonio convincente, estimulante y consolador por el ambiente que traemos y nuestros sentimientos?
6. ¿Han sido siempre favorables las expresiones de nuestro corazón, y sabemos ser amables con cualquier prójimo?